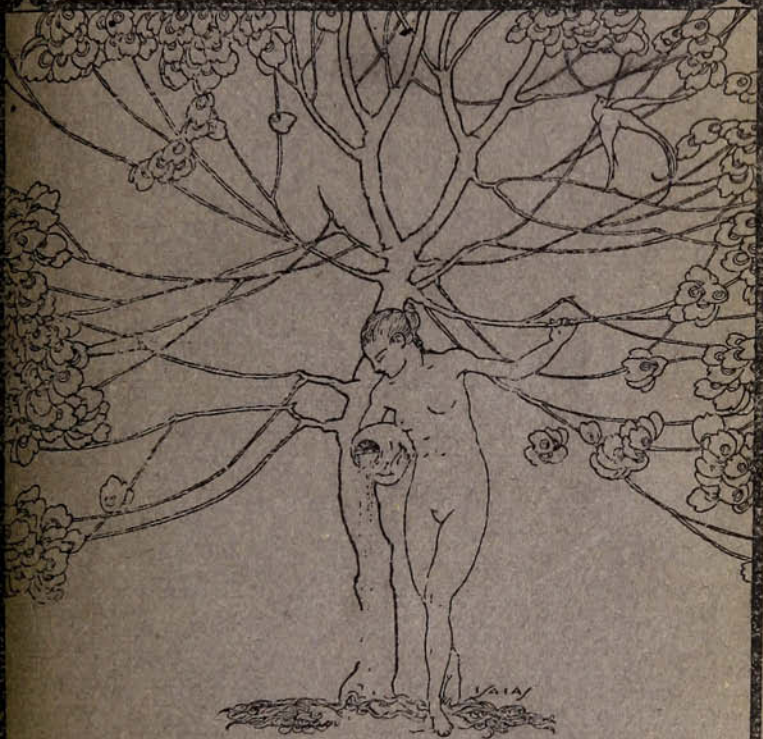


# JUVENTUD



## LAS DOS CARÁTULAS

EL TERROR BLANCO y el "NUEVO REGIMEN"

"EL GOBIERNO DEL AMOR"

SAN GREGORIO

SANTIAGO DE CHILE, ENERO, FEBRERO, MARZO DE 1921

SUMARIO. — NUESTRA PALABRA DE AYER. — HOY. — DECLARACIÓN DE PRINCIPIOS DE LA FEDERACIÓN DE ESTUDIANTES DE CHILE. — MANIFIESTO DEL PRESIDENTE DE LA FEDERACIÓN DE ESTUDIANTES DE CHILE, por *Alfredo Demaría*. — COMIENZA LA FARSA, por *Juan Gandulfo*. — EL DÍA DEL ASALTO, por *R. Meza Fuentes*. — CONTINÚA EL EPISODIO, por *Rigoberto Soto Rengifo*. — EL SABLEO EN LA ALAMEDA, por *Fernando G. Oldini*. — EL CRIMEN DE MAGALLANES, por *Guillermo M. Bañados*. — PALABRAS SERENAS, por *Juan Enrique Lagarrigue*. — ASTORQUIZA, PERSEGUIDOR DE PERUANOS, ES PERUANO. — ESCRITOS PRESENTADOS, por *Pedro Gandulfo Guerra*, *Rigoberto Soto Rengifo*, *José Astorquiza Libano* y *Ascencio Astorquiza*. — UN DICTAMEN DEL PROMOTOR FISCAL, por *Julio Plaza Ferrand*. — SOBRE EL INFORME DEL FISCAL, por *Julio Valiente*. — UNA CARTA DE CÉSAR FUENZALIDA. — ELEGÍA, por *Berta Quezada*. — HACIENDO LUZ, por *Guillermo M. Bañados*. — AL MARGEN DE LOS HECHOS, por *Rudecindo Ortega*. — EL CASO DE LUIS A. SOZA. — UNA PROFECÍA LÍRICA, por *Fernando G. Oldini*. — PEDRO LEÓN UGALDE ANTE LOS RESTOS DE DOMINGO GÓMEZ ROJAS. — UN MANIFIESTO DEL GRUPO UNIVERSITARIO INSURREXIT. — LA DEFENSA DE SANTIAGO LABARCA. — HOMENAJES: a la Prensa de Chile; al *Zig-Zag*; al *Diario Ilustrado*; al Ministro Astorquiza y al Alcaide Ascuí; a los oficiales de ejército que dirigieron el saqueo de la Federación de Estudiantes. — Autógrafo y fragmentos de un poema de GÓMEZ ROJAS. — JUVENTUD A UNAMUNO. — Resumen y Documentación. — No hemos terminado

## El día del asalto

21 de Julio de 1920.

(El director de *JUVENTUD* se encontraba en el local de la Federación el día del saqueo y los hechos se desarrollaron en la forma que él cuenta, tan distinta a la calumniosa e inverosímil de la prensa y los partes policiales).

Almorzamos en la Federación de Estudiantes Jorge Hübner, un joven cuyo nombre no conozco —por la relación de los diarios supongo que es Zúñiga— y yo.

Antes había almorzado Pedro Gandulfo que volvió a la Federación. Cuando terminamos estábamos, además, de los nombrados, Rigoberto Soto y otro joven de quien tampoco sé el nombre —por la relación de los diarios supongo que es Lafuente. Jorge Hübner, que tenía que hacer, se retiró.

En estos momentos se nos dijo que la Federación iba a ser asaltada.

Quedamos entonces cinco personas de las cuales sólo una—Pedro Gandulfo—estaba armada. A nombre del Presidente de la Federación pedimos por teléfono auxilio a la Prefectura de Policía.

En las noches anteriores obreros y estudiantes habían hecho guardia hasta la madrugada, sacrificando horas al hogar para defender la casa común.

A nadie se le ocurrió que en Ahumada 73, apenas a dos cuadras de la Moneda, a cinco de la Intendencia y a diez de la Prefectura de Policía, rodeados de un ve-

cindario de lo más distinguido, frente casi a los patrióticos ciudadanos que trabajan en la Bolsa por el bienestar del país, podría cometerse un desmán a la una y media de la tarde, hora apacible en que nuestros amigos obreros comienzan su trabajo y nuestros compañeros estudiantes van a sus escuelas.

Pero ante el aviso inaudito tuvimos que dirigirnos a la Policía: contestaron que enviarían fuerzas. Frente a nuestra puerta había un guardián.

Poco después veíamos desde los balcones de la Federación de Estudiantes una manifestación que, desde Moneda, desembocaba en Ahumada. Venían a su cabeza dos oficiales del Ejército: el teniente Undurraga y un capitán cuyo nombre no he podido obtener.

Alentaban su entusiasmo con gritos ensordecedores: "peruanos, vendidos" y una frase enérgica y sonora, con la que se pedía las cabezas de Labarca y Gandulfo. Posteriormente he sabido que provocaba esta demostración un discurso que desde los balcones de la Moneda, pronunció el senador de Concepción, don Enrique Zañartu, a nombre de S. E. el Presidente de la República.

La policía entre tanto no llegaba: habíamos llamado dos veces a la Prefectura. Ibamos a hacerlo por tercera cuando sentimos un telefonazo. Era de la Prefectura. Nos preguntaban:

—¿Es cierto que están asaltando el Club de Estudiantes? (1).

Ya no se podía perder tiempo. Había que defenderse. Pedro Gandulfo se situó con su revólver frente a la escalera para impedir el acceso al Club. No obstante hubo quienes intentaron subir. Disparó al aire. Los que querían subir retrocedieron y se incorporaron al grupo de la calle que arrojaba balazos y pedradas, que, rompiendo los vidrios, caían en los comedores.

---

(1) Julio Ramírez, director del Club de Estudiantes, pasó personalmente a la Prefectura de Policía con el mismo objeto.

En esos momentos llegó la Policía. Algunos guardianes a caballo despejaron la puerta. Nos sentimos defendidos. Pero todo fué cuestión de minutos. Por alguna razón superior, desconocida para nosotros que mirábamos desde arriba, la policía se dedicó a mirar.

Con barretas, martillos y otros instrumentos imposibles para nosotros de precisar, se retiraron las planchas que dicen: **Club de Estudiantes y Federación de Estudiantes**, en medio de gritos y de aplausos.

Desde arriba veíamos en la puerta a un oficial de policía y algunos guardianes que contemplaban impasibles el espectáculo. Por el ruido metálico de los golpes nos dábamos cuenta de lo que estaba pasando, sin verlo. La policía que no veía lo que estaba mirando tampoco oyó nuestros gritos en que pedíamos defensa de esas planchas. En su lugar se grabó con tinta negra esta inscripción lapidaria que después hemos podido leer: "**Se arrienda. Tratar en Lima**".

Por gente que presenciaba el espectáculo desde abajo, supe que los honores de la jornada habían correspondido a don Carlos Alarcón, distinguidísimo sportsman que demostraba con esas frases por él ideadas y por él escritas en la pared, que además de buen ginete se puede ser hombre ingenioso y epigramático.

Por los balcones de una casa vecina se introducen a los nuestros algunos jóvenes con la bandera nacional. Desde abajo se aplaude este triunfo como la rendición de una trinchera enemiga.

Pedro Gandulfo deja la escalera y toma la defensa de los balcones. Los asaltantes huyen a la casa del lado. Gandulfo vuelve a la escalera y quiere tomar nuevamente la defensa, pero los primeros en subir son un capitán de Ejército, el oficial de Policía y agentes de la Sección de Seguridad, quienes, lo dicen, van a apaciguar. Entra también de los primeros el señor Carlos Alarcón, a quien esta tarde ha sido propicia en hazañas gloriosas.

Por los balcones vuelve a introducirse gente. Pero

ya toda defensa es inútil. Empieza la gente que llega, a romper lo que encuentra en los comedores, la cantina y el hall. Otros amenazan a Rigoberto Soto. Pedro Gandulfo le dice al oficial de policía, que vea como destruyen todo. El oficial se encoge de hombros.

De entre los asaltantes se destaca un joven que se dirige a Pedro Gandulfo:

—Lo quieren matar, le dice. Yo vengo con ellos pero no puedo tolerar ésto.

Le propone salir con él, disfrazándolo, por la puerta falsa o esconderlo donde él le indique. Rigoberto Soto y yo habíamos trancado convenientemente la puerta falsa cuando comenzó el ataque. El lado de afuera estaba lleno de asaltantes que pedían la cabeza de Gandulfo. Era pues imposible la retirada. Los de abajo pedían noticias a nuestro acompañante. Le gritaban:

—Oye, síguelo al tercer piso. Está en el tercer piso.

Simulamos entonces un diálogo. El desconocido me preguntó asomándose a la ventana para que lo vieran sus amigos:

—¿Oye Enrique, está en el tercer piso?

Le contesté, sin ser visto, naturalmente:

—No sé; no lo puedo encontrar.

Entonces él gritó a los de abajo:

—Con Enrique lo busquemos y no hemos podido hallarlo.

Esto desorientó a los de abajo que se disputaban el honroso placer de matar a Gandulfo. No se especificaba qué Gandulfo. Bastaba el apellido para conmover los patrióticos sentimientos de los asaltantes.

Gandulfo y Soto siguieron al cuarto piso. Los otros dos muchachos deben de haber seguido el mismo camino. Yo los perdí de vista. Lo demás lo sé por los diarios de hoy: arrancando de un peligro que no estaba en sus manos conjurar, han debido pasar por el tejado a pedir amparo a la casa de un caballero, y hoy están en la Cárcel presos e incomunicados.

• Me ví enteramente perdido en el segundo piso. Re-

clamé al capitán de Ejército de lo que estaban haciendo. El acaso podría aplacar a esos jóvenes tan distinguidos que se empeñaban en destrozarse cuanto encontraban a su paso. Pero él me dijo, que nosotros teníamos la culpa, que nosotros habíamos provocado. Le grité que lo único que habíamos hecho era apenas defendernos débilmente. Pero el capitán me desilusionó:

—No se trata de eso. Lo que ustedes han hecho es una sinvergüenzura. Todo es inútil. ¿Qué no ven que la policía no los defiende?

Escucho todavía con desesperación y con vergüenza estas palabras de un jefe del Ejército de Chile. Lo veo pronunciando con toda naturalidad su categórica declaración, sin salir de su correcta meticulosidad de hombre delgado, rubio, de retorcidos bigotes germánicos.

Ya de nada podía asombrarme. Bajo el hermoso friso dibujado por Isaías, y que tiene esculpida una estrofa del Himno de los Estudiantes, en la repisa de mármol, estaban las cartas que de todas partes llegan a los socios de la Federación. Eran rotas con un ensañamiento cuya intensidad sólo puede compararse al cariño con que fueron escritas desde algún hogar lejano.

Otras eran abiertas para ver si se hacía alusión al dinero que, según se decía, recibía la Federación del Perú. En esa labor le cupo un papel brillante al teniente señor Undurraga Fernández.

El friso dibujado por Isaías con la estrofa del Himno de los Estudiantes, comenzaba a ser destruido: ya se veía la pared desnuda. Los grandes vidrios de las puertas y ventanas de las salas de billares, la tela de las mesas, los retratos de Aníbal Pinto y Rafael Sotomayor, allí colocados (obsequio de don Galvarino Gallardo Nieto), todo comenzaba a rodar en una ola ensordecedora, como un himno doloroso de horror y destrucción.

Comprendí que no debía perder la serenidad. Si

me veían huir, caerían sobre mí. Yo no tenía armas de ninguna clase. Me era imposible bajar porque la gente subía libremente desde la calle. Subí al tercer piso. Quise refugiarme en la biblioteca, pero no había llave. Abandoné esa sala. La dejé cerrada aparentemente para que no pasaran por ella. Subí al cuarto piso. La clínica estaba cerrada. Me introduje a la sala de un Centro Provincial, donde había tres muchachos, que no conozco, ajenos a todo lo que pasaba. Desde allí pude contemplar la continuación del asalto: a los comedores, la cantina, el hall y la sala de billares, seguía en el martirio la oficina de **JUVENTUD**.

Lleno de pánico, mirando a todos lados, pasaba un joven elegante y de hermosas líneas, pidiendo a Gandulfo, revólver en mano. Lo seguía otro y otro. Todos en la misma actitud. Temían un ataque pero sólo estábamos arriba una mujer y yo. Los tres muchachos del Centro Provincial habían desaparecido.

En el tejado de una casa del frente caminaban dos jóvenes, no menos distinguidos que los que pasaban a nuestro lado, uno de los cuales llevaba una carabina. Perseguían también a Gandulfo. Iban con la misma naturalidad con que una persona normal se pasea en la calle.

Los del tercer piso, viendo que no encontraban a Gandulfo, bajaron al primero a hacer algo más práctico: no estaba todo destruído. Se comenzó con la oficina de **JUVENTUD**, que en esos días habíamos arreglado con Pedro Gandulfo. Había una hermosa galería de retratos: D'Annunzio, Nervo, Maeterlinck, Bergson, Marquina, Pérez de Ayala, entre otros; una colección de las mejores caricaturas de Bagaria; reproducciones de Montenegro y García Cabral; originales de Laureano, Isaías y Raul Simón. Había estimables originales para la revista: una correspondencia de Zamacois sobre Guatemala; un estudio de Osvaldo Vicuña Luco sobre Unamuno; una pequeña antología de los poetas jóvenes del Ecuador, con comentarios de Rafael Coronei;



un trabajo sobre Educación Física, capítulo de un libro inédito del profesor don Demetrio Salas; una correspondencia de Angel Cruchaga S. M., sobre Juana de Ibarbourou, y poemas inéditos de esta notable poetisa oriental; el bello discurso de Edgardo Garrido Merino, leído en la velada que el Ateneo de Chile consagró a don Benito Pérez Galdós (el original, como tantos otros, era único); una crítica completa sobre el año musical, de Fernando G. Oldini, (original único); originales de Alejandro Vázquez, David Perry, José Molina Guzmán, Joaquín Cifuentes Sepúlveda, Marcelle Auclair, Alfonsina Storni, Segura Castro, Juan Egaña, Leopoldo Pizarro, Juan Concha, Pascual Venturino... En una palabra, originales para cuatro o cinco números de la revista perdidos para ella y los autores de Chile y del extranjero, que la enaltecían con su colaboración. El escritor Federico Gana tenía en **JUVENTUD** un cuaderno lleno de recuerdos personales que le será imposible rehacer.

Había quinientos ejemplares del libro: "La Mirada Inmóvil", de Juan Guzmán Cruchaga, (primer volumen de la biblioteca de **JUVENTUD**), que iban a ser encuadernados para su colocación en todas las librerías de Chile. El poeta chileno Arturo Torres Ríosco envió a **JUVENTUD** para su publicación, un libro lírico "Salomé", desde Estados Unidos, donde es profesor de castellano en una Universidad. Es también Torres Ríosco, colaborador de una interesante obra que se prepara en Estados Unidos para dar a conocer la cultura hispano americana: en la oficina de **JUVENTUD** había varios paquetes de libros y revistas de nuestros buenos escritores para que Chile figurara en esa obra. La revista **JUVENTUD** es la única en Chile que ha respondido al llamado de Arturo Torres Ríosco, enviándole todo lo que puede serle de interés. El director de **JUVENTUD** tenía también los originales de un libro lírico. Había retratos con cariñosos autógrafos para la revista, de Eduardo Zamacois, Maurice Dumesnil, Rosita Renard

y Camilo Mori y entre lo más querido nuestro retrato de Humberto Chiorrini, el malogrado estudiante fundador de **JUVENTUD**. Hombres de estudio como José Ingenieros y Gregorio Bergman, de la Argentina, habían mandado a **JUVENTUD** con honrosas dedicatorias, sus libros: "Proposiciones relativas al porvenir de la Filosofía" y "El Determinismo en la Ciencia y en la Vida", respectivamente. En la misma forma, el doctor Santín C. Rossi, de la Universidad de Montevideo, había mandado su libro "El Criterio Fisiológico", por intermedio del doctor Oscar Fontecilla.

Se recibían las mejores revistas de Europa y América, y los libros de casas editoriales tan prestigiosas como la "Cooperativa Buenos Aires": con ellos se había formado una valiosa colección. Aparte de eso había en la revista una buena biblioteca en castellano y francés de obras de artes, ciencias y literatura. La revista "Studium", que a su paso por el Perú, me envió mi amigo el pintor Camilo Mori, hoy en Italia, la presté hace tiempo al joven Alberto Echeverría, redactor de Vida Social del ex-diario "La Unión" que, se me asegura participó en el asalto (2). Esa revista traía tres suplementos ilustrados que quedaron aparte, en la oficina de **JUVENTUD**. Eran los retratos de don Ricardo Palma, don Javier de Prado y Ugarteche y don Augusto Leguía, que es en Lima "maestro de la Juventud". Estos retratos, lo supongo, deben de haber estado en uno de los cajones del escritorio. Los ejemplares del N.º 9 de **JUVENTUD** estaban empaquetados, listos para su despacho a los canjes del extranjero y a las agencias de provincias. Con ellos y los ejemplares anteriores, desde el número primero, debe de haber habido tres mil revistas. Y mirar desde lejos que todo desaparece en un segundo. Confundidos ruedan arrojados por la ventana al callejón, libros, revistas, retratos, originales. Después los muebles de la oficina: las sillas, el estante, el escritorio. Era la obra amasada con sacrificios, paciencia y amor en una silenciosa y renovada

fiebre creadora la que desaparecía en una bulliciosa y súbita fiebre de destrucción. Sin poder hacer nada debía mirar desde el cuarto piso. Confundido con la obra de la revista estaba lo mío íntimo, cartas, retratos de familia: todo era despedazado, pisoteado, robado. Sobre el estante en que se guardaban los libros, un caballero danzó como una furia hasta hacerlo astillas en medio del regocijo de los que lo miraban y admiraban.

Ya nada quedaba de la oficina de **JUVENTUD**. Dos agentes de la Sección de Seguridad me dicen que debo retirarme. Protesto. Digo que soy de la casa y no tengo armas para defenderme. Me aseguran que ya todo ha terminado, que puedo salir tranquilo. Obedezco. Desde el tercer piso me doy cuenta de que el asalto está en su apogeo. El entusiasmo llega al delirio. Inadvertido, logro salir por la puerta principal, de la calle Ahumada cuando el teniente Undurraga perora a la multitud desde los balcones de la Federación: habla de los horrores de la Rusia bolchevique. Es largamente ovacionado. Habla de la destrucción y de la anarquía.

En los balcones, a su lado, sus amigos despedazan algunos miles de las reproducciones de los clásicos affiches de Isaías. El suelo de la acera está resbaloso por las papas que han arrojado de un saco encontrado probablemente en la cocina.

Me siento en la calle enteramente solo ante la multitud que vibra con la elocuencia del señor teniente Undurraga. Por fin, encuentro un amigo, Alberto Ried. Silenciosamente nos damos las manos:

—Vámonos de aquí, me dice.

Caminamos sin dirección determinada. A nuestro lado no hay quien no marche con una pata de silla, una tecla de piano, una ampolleta, una revista: son los trofeos de esta tarde memorable. Hay buen número de guardianes que miran el espectáculo, en silencio. Probablemente los ha conmovido el ejemplo y la arenga del teniente orador señor Undurraga. La bandera de

Chile, al lado de los héroes de la tarde, da más solemnidad al acto. Un hombre lleva una silla intacta. La ha robado. La muestra con orgullo a un grupo de caballeros de aspecto venerable, de buena figura, de buen traje, de buen apellido. Así son todos los que nos rodean. No puedo contenerme:

—Sea patriota pero no ladrón, le grito.

Me deja caer sobre la cabeza la silla robada y rugé:

—Soy chileno.

Todos se indignan en mi contra. A él lo aplauden:

—Muy bien, muy bien, le gritan los caballeros de aspecto venerable, y el joven Sommers, del tercer año del curso de Leyes de la Universidad de Chile.

Seguimos avanzando. Un amigo me dice que ha recogido algunos de mis papeles. Le pido un cuaderno en que hay cartas de familia. Saliendo de su corrección elegante los caballeros me gritan:

—Son documentos, documentos. Y me miran con unos ojos terribles.

Rafael Yépez Alvear, un joven amigo, ecuatoriano, se me apareció nervioso, con la cara rasguñada, el abrigo sin botones, todo desaliñado. A los gritos de ¡peruano, peruano! habían descargado sobre él sus sentimientos patrióticos porque quiso recoger, para guardarlos, papeles y libros de **JUVENTUD**.

Con montones de **EL UNIVERSITARIO** y **JUVENTUD** y la biblioteca de la revista se hizo un auto de fe. Otros manifestantes, menos encarnizados, se llevaron a su casa libros y revistas. Puede que algún provecho hayan sacado. Como el sándalo bíblico que perfuma al hacha que lo mata; el asalto al Club de Estudiantes servirá para abrir un surco de luz en la llanura árida y tenebrosa que llevan sus autores bajo la frente

---

(2) Aparece en el grupo de asaltantes que fué a retratarse a "Zig-Zag" después de la hazafia.

Alberto Ried le preguntó a un conocido, entusiasta admirador de los asaltantes:

—¿Por qué no van ahora al Palacio de Bellas Artes?

El contestó, indeciso:

—De veras, pero... ¿por qué?

—Allá también hay estudiantes, estatuas y cuadros.

—Reflexionó un momento:—hombre, yo también lamento lo que pasa. Y se perdió en el grupo. Amigos de Ried, extranjeros, comentaban el episodio de la tarde como una pesadilla, como algo increíble, a pesar de estarlo presenciando. Los patriotas, por su parte, quemaban de preferencia los venenosos libros escritos en idiomas extranjeros.

Caminamos silenciosamente. Una pobre vieja del pueblo, llenaba su saco con madera de los muebles del Club. —Eso es robado, le dijimos. —Será robado pero me lo dieron los caballeros.

Y, en realidad, sólo caballeros se veía por todas partes. En los balcones del Club de Estudiantes la bandera de Chile era agitada como por una ráfaga de gloria ante la acción de los valerosos oficiales del Ejército de Chile y los jóvenes más distinguidos de nuestra sociedad. Los estudiantes creían que no podía haber guerra y recomendaban al pueblo tranquilidad, se quedaban laborando en su biblioteca, en su clínica, en su revista, en sus escuelas nocturnas, en su Universidad Popular, en sus fiestas de la Primavera. Los asaltantes creían en la guerra y no estaban en un cuartel recibiendo instrucción militar ni defendiendo las fronteras que ellos creían amenazadas. Pero destruyendo los muebles y los libros de los estudiantes, servían a la Patria en forma que la historia recordará.

—Hemos acabado con la guarida, decían. ¡Viva la guerra!—gritaban con voz ronca.

Acompañado de Alberto Ried anduve algún tiem-

po, sin rumbo fijo. Nos metimos después en alguna parte en que se pudiera estar aislados, libres de todo comentario. Había en nosotros algo grande y doloroso que nos hacía buscar el silencio. Me despedí de Ried y anduve solo por las calles.

Todo aquel que censuraba el saqueo era tratado de cholo, golpeado y mandado preso por promover desórdenes públicos y perturbar el orden del saqueo. Después se pensó asaltar la Universidad, el Club Radical y las logias masónicas para cumplir el patriótico programa. Querían los jóvenes elegantes de Santiago aprovechar bien la tarde. Pero oyeron decir que la defensa estaba bien organizada y se dedicaron a recorrer las calles gritando: ¡A Lima! ¡Viva la guerra! ¡Abajo los traidores! Eran los rugidos con que subrayaban el acto heroico de la tarde.

En la noche oí decir en los grupos, que del salón de sesiones de la Federación habían sacado el retrato de Leguía. Lo que encontraron fué el suplemento de la revista de los estudiantes peruanos, en los cajones despedazados del escritorio de **JUVENTUD**, revista que presté (sin que hasta ahora me la haya devuelto) a uno de los propios asaltantes. Por el salón de sesiones pasaron tan rápidamente, que sólo destruyeron en parte el retrato de don Valentín Letèlier.

Hoy he leído los diarios. ¿Habré soñado? ¿Todo lo que yo he visto será una mentira preparada ex-profeso para mis ojos? Yo, que he estado en el Club desde antes que el asalto comenzara, que ví personalmente lo que allí pasó, estaré equivocado y será cierto lo que afirman los partes de policía? No sé. Pero me parece inverosímil que cinco muchachos de los cuales sólo uno estaba armado, provocaran a una manifestación que bien llenaba una cuadra, que venía armada y encabezada por oficiales del Ejército y se cobijaba a la sombra de la bandera después de escuchar un discurso pronunciado desde los balcones de la Moneda por el senador de Concepción don Enrique Zañartu, a nombre de

S. E. el Presidente de la República. También me parece poco lógico que nosotros provocáramos a una manifestación que, según dice "El Diario Ilustrado", partió de la Moneda a los gritos de: "Todos a la Federación". Menos lógico me parece todavía que haya habido provocación de parte nuestra que, estábamos de sobremesa en los balcones, tranquilamente, cuando desde la esquina de Moneda y Ahumada junto con armarse de adoquines se nos grita: "traidores, peruanos, vendidos", y se nos pide la cabeza de Labarca y de Gandulfo. A pesar del parte policial creo que no hemos sido provocadores. Probablemente cometa un acto subversivo porque niego la verdad del oficial que firma el parte y que no vió el principio de los acontecimientos (cuando llegó la manifestación estábamos solos), y afirmo en cambio lo que pasó y ví. Pero, a pesar de todo, el parte policial es falso e inverosímil. Quién sabe si el que lo escribió esté equivocado, a pesar de sí mismo.

Negados, ultrajados, vilipendiados no desmayaremos. El hogar de los estudiantes encontrará su mejor abono en sus propias cenizas, para levantarse como un árbol hacia las estrellas. Acaso mucho de los mismos que quisieron derribarlo, cuando su mente se despeje y su corazón se clarifique, traerán en sus manos el agua milagrosa.

Mientras tanto, la resurrección comienza.

**ROBERTO MEZA FUENTES.**

